**SEXTA PALABRA**

**TODO ESTÁ CONSUMADO (JN 19, 30)**

Con esta palabra, Jesús da por concluidas las acciones que le había encomendado su Padre (Cf Jn 17, 4) y que realizó a la perfección (Cf Mc 7, 37).

Hagamos memoria de algunas de ellas y de lo que nos han enseñado:

1-Predicado el Evangelio con palabras y con obras: enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino, curando todas las enfermedades y dolencias (Cf Mt 4, 23). Como bautizados, tú y yo, también estamos llamados a predicar el Evangelio que es Buena Noticia. Pensemos en un momento en todas las malas noticias que recibimos diariamente: de nuestros familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, la radio, la televisión, el periódico e internet, etc. Que aparezca alguien trayéndonos algo bueno es cosa que se agradece. ¡y qué bueno si ese alguien eres tú que me estas viendo, escuchando o leyendo!

2-Dando fiel cumplimiento a la ley (Cf Mt 5, 17-19). Enseñándonos que lo importante no es que seamos cumplidores de la ley, sino que evitemos las acciones que nos colocan delante de ella. Si no existieran mujeres dispuestas a abortar no estaríamos discutiendo sobre la maldad o bondad de las causales. Las leyes laborales, civiles y judiciales están de más para los ciudadanos y ciudadanas que actúan correctamente en todas las circunstancias de la vida. ¿Qué es lo correcto?

1. Para que no caigas en la tentación de matar a tu hermano, evita encolerizarte contra él y ofenderle con tus palabras, aprendiendo así a arreglar las diferencias con tu prójimo por medio del diálogo y no con la violencia (Cf Mt 5, 21-26).
2. Si no deseas caer en la infidelidad, lo mejor es que evites mirar y tocar a hombres o mujeres con deseos pervertidos, pues toda infidelidad empieza con la mirada y termina con el deseo (Mt 5, 27-30).
3. Jesús nos enseñó que lo correcto no es devolverle al otro el mal que nos ha hecho (Mt 5, 38), y que no sólo debemos amar a los que nos aman (Cf Mt 5, 44), sino marcar la diferencia con nuestros actos en todos los ambientes.

3-Jesús había consumado las predicciones que sobre Él habían hecho los profetas: Su concepción (Is 7, 14); Su nacimiento en Belén (Cf Mq 5, 2); La aparición de una nueva estrella (Nm 24,17); La adoración de los Reyes (Cf Sal 71, 10); El cabalgar sobre un asno (Cf Za 9, 9); y los momentos de su pasión. Justamente ahí se encontraba cuando pronunció esta sexta palabra, dando cumplimiento a su dolorosa pasión.

De ti y de mí también se han hecho muchas predicciones. El mismo Jesús nos dijo que somos la sal de la tierra y la luz del mundo (Cf Mc 9, 50) y nos dejó el encargo de poner en práctica todo lo que Él nos enseñó. El ser humano viene a este mundo con una misión, con un designio que debe cumplir. Ante el sinsentido de la vida en el que tantos hombres y mujeres se encuentran, Jesús viene a recordarnos que estamos vivos por una razón sublime y que existimos para algo que va más allá de este mundo. Nuestras vidas tienen un sentido y Él nos lo revela cuando dice: No he venido para ser servido sino para servir y para dar mi vida por los demás (Cf Mt 20, 28). Si algo valora la sociedad de nuestra Iglesia, es su disponibilidad para el servicio y, sobre todo, a los excluidos y a los pobres. A todos nos gusta tener cerca a personas serviciales, dispuestas, atentas y detallistas. Seamos nosotros esas personas que están siempre disponibles para servir.

En eso consistía su razón de ser, ese era el fin de su vida: Servir a sus semejantes hasta dar la vida por ellos. Por eso desde la cruz fue capaz de decir: “todo está consumado”, dándonos a entender que ya había cumplido su propósito en este mundo. ¡Qué hermoso seria si pudiéramos decir lo mismo al final de nuestros días! Y decirlo con la clara conciencia de haber hecho lo correcto, lo noble, lo bueno. De Jesús se dice que pasó por esta vida haciendo el bien (Hch 10, 38) como muestra de que el ser humano existe para hacer lo bueno y que la bondad está presente en cada hombre y mujer sin importar sus creencias, cultura, condición social, etc. Aunque no todos nos esforzamos por ejercitar dicha bondad.

Finalmente, Jesús nos enseñó el valor de la fidelidad a nuestros propósitos. Jesús no sólo sabía a lo que había venido, la razón de ser de su existencia, sino que mostró una fidelidad inquebrantable a ese proyecto; fidelidad que se pone de manifiesto ante las propuestas tentadoras que hallará en su caminar y que buscaban desviarle del sendero emprendido (Mt 4: 3-11). No sólo fue tentado por el diablo en su peregrinar por el desierto, también se encontró a muchas personas que le iban desanimando, tanto con sus palabras como con sus actitudes. Recordamos cómo Pedro fue capaz de incitarlo para que no siguiera hacia adelante (Mt 16, 22).

Fueron múltiples los obstáculos que tuvo que afrontar, los suficientemente grandes como para desanimarle y hacerle renunciar a la meta: traicionado por los suyos, calumniado, negado, despreciado, abandonado, vendido, golpeado, escupido, pisoteado… pero Jesús no se rindió, fue perseverante y luchó con todas sus fuerzas hasta el final.

Hoy en día, son múltiples y grandes las dificultades en el camino de nuestra realización personal, en la vivencia de la fe dentro de la Iglesia, en la vida familiar, en el mundo laboral, social y político. Contratiempos que nos desaniman y nos llevan a renunciar a nuestros sueños y a los designios de Dios para con nosotros. Abandonamos la Iglesia, no estamos dispuesto a luchar por la familia, pensamos que no vale la pena tanto esfuerzo y que todo está perdido, que es mejor no intentarlo porque las cosas no pueden cambiar para bien. De Jesús tenemos algo que aprender como Iglesia, como creyentes, como bautizados: perseverar, contra toda adversidad, en la voluntad de Dios, poniendo nuestro mayor empeño, hasta que todo este consumado en nuestra vida.